

SOBRE *THEORETICAL LOGIC IN SOCIOLOGY**

Objetivos Intelectuales y
Contexto Histórico y Biográfico

Jeffrey C. Alexander •

OBJETIVOS INTELECTUALES

YA TRANSCURRIÓ CASI UNA DÉCADA desde que terminé de escribir *Theoretical Logic in Sociology* (TLS) y casi cinco años de la publicación del cuarto y último volumen de esta obra en inglés. Desde entonces, mi pensamiento evoluciona en formas que en general son consistentes con las ideas que desarrollé en la obra por vez primera. Sin embargo, algunas se han ampliado y aclarado significativamente. Uno de los propósitos de este prefacio será relacionar TLS a estos temas más recientes.

Cuando se publica un trabajo teórico ambicioso es común que no sea del todo bien entendido por los lectores. Las reseñas y réplicas pueden ayudar a ampliar su comprensión. Sin embargo, desde el punto de vista del autor, distorsionan con la misma frecuencia que iluminan el original. El autor mismo puede entender los objetivos y estructura de su obra sólo en retrospectiva. Mi segundo propósito en este prefacio es explicar brevemente algunos de

* Escrito en abril de 1988, este artículo es, en realidad, la traducción del "Prefacio" a la edición china de *Theoretical Logic in Sociology*. De una amplia gama de artículos generosamente enviados por el autor, Gina Zabudovsky sugirió la traducción del presente, toda vez que cumple la función de introducir adecuadamente a la obra de Jeffrey Alexander. Los subtítulos son responsabilidad del editor (N. del E.).

• Jefe del Departamento de Sociología en la Universidad de California en Los Angeles.

los que ahora visualizo como los primeros enfoques y objetivos del trabajo.

Finalmente, en este prefacio tendré la oportunidad de alejarme substancialmente de una de las prácticas más típicas de la ciencia positiva: la presentación del trabajo científico como una racionalidad desarraigada del entorno histórico. Con el fin de centrar la relevancia del TLS para el lector, más allá de las razones filosóficas y la autogratificación (dada la exposición de datos personales), exploraré el “contexto de descubrimiento” de TLS describiendo el momento en el que fue escrito y algunos de los motivos que me llevaron a esta tarea. En mi odisea personal, los lectores pueden bien encontrar algunos ecos de la suya. En mi desarrollo intelectual he sido profundamente afectado por los cambios sociales y políticos tanto en mi país de forma particular, como en el Occidente de forma más general. Aunque, desde luego, hay que tener presente que el contexto de descubrimiento no es el mismo que el de justificación. Finalmente, independientemente de los motivos del contexto de una obra, su éxito intelectual debe ser juzgado sólo de acuerdo a los criterios científicos y teóricos.

TLS tenía como objetivo desafiar algunas de las perspectivas más arraigadas en la ciencia social contemporánea. Hasta cierto punto, su éxito puede medirse por la forma como los exponentes de estas perspectivas respondieron a su vez con nuevos desafíos fundamentales. De hecho, a pesar del carácter eminentemente abstracto de sus argumentos, TLS ha creado gran controversia. En 1984, un historiador que revisaba el volumen inicial, *Positivism, Presuppositions and Current Controversies* (El positivismo, presuposiciones y controversias actuales), reaccionó con perplejidad ante los argumentos, algunas veces tendenciosos, que TLS estaba creando en su disciplina hermana. Ante la “tempestad de denuncias y halagos” que acompañaron al libro, comentó que “es irónico que un esfuerzo por conseguir consenso entre los teóricos, se convierta en el libro de teoría social americana más controvertido de la década”.¹ Hasta ahora, dicha controversia todavía no disminuye. Una reseña del cuarto volumen de TLS, *The Modern Reconstruction of Classical Thought: Talcott Parsons* (La reconstrucción moderna del pensamiento clásico: Talcott Parsons), apareció recientemente

¹ Weiner, Jonathan M. “Review of Theoretical Logic in Sociology, vol. 1: Positivism, Presuppositions and Current Controversies”, *History and Theory*, núm. 24, 1985, pp. 87-92.

en *The American Journal of Sociology*. El autor lo denomina “el proyecto más ambicioso y controvertido publicado durante la década”, clasifica las lecturas acumuladas que se han hecho del trabajo y concluye, no sorprendentemente, con una lectura personal del mismo.²

No pretendo ahora discutir las respuestas positivas que el trabajo alentó. Pretendo sugerir --por medio de una introducción a lo que ahora considero fueron algunas de las intenciones originales-- un marco de referencia mediante el cual las críticas a TLS puedan ser aclaradas y comprendidas.

La recepción crítica de TLS ha tenido un carácter marcadamente contradictorio. Mientras algunos teóricos radicales lo atacaron por ser conservador; un teórico conservador lo criticó por socialista. Mientras algunos humanistas y hermeneutas tomaron al libro como un ejemplo del fetichismo positivista de conceptos; teóricos positivistas frecuentemente lo han atacado por encontrarlo cargado de valores humanísticos y anticientíficos.

El aspecto paradójico de estas críticas es revelador, pues marca el camino hacia lo que es la posición central del trabajo. En TLS, al igual que en mis escritos subsecuentes, busco establecer un principio intermedio entre el gran rango de disputas teóricas fundamentales. Así lo hago para incorporar elementos claves de las grandes polaridades que dividen al pensamiento sociológico y filosófico sin suscribirme a ninguno de los lados.

En la medida en que no adopto ninguno de los extremos de la dicotomía tradicional, cada una de las críticas a TLS tiene un elemento de verdad. De hecho, cada crítica surge de una posición que TLS busca superar. Sin embargo, hasta ahora, estas críticas sólo han hecho reclamaciones unilaterales, ninguna comprende totalmente lo que TLS lleva a cabo de forma adecuada: la obra busca incorporar perspectivas unilaterales y desarrollar un marco en el cual puedan ser conjuntadas e incluidas dentro de una concepción más totalizadora.

Consideremos, por ejemplo, dos dicotomías: acción cultural *versus* acción instrumental y orden cooperativo *versus* orden coercitivo. Tanto en los tratados teóricos sofisticados como en los sencillos libros de texto universitarios basados en el “sentido común”, estas

² Warner, R. Stephen. “Sociological Theory as Public Philosophy”, *American Journal of Sociology*, 1988.

polaridades son concebidas no sólo como inherentes al pensamiento sociológico sino también como “homólogas” una de la otra. No sólo se argumenta que los teóricos sociales escogen uno u otro lado de las dicotomías sino que se considera que así deben de hacerlo. Además, se sostiene que escoger un extremo de una de las dicotomías lleva a la elección de un lado particular de la otra. Generalmente, el funcionalismo es identificado con acción cultural y orden cooperativo, y la teoría del conflicto con acción instrumental y orden coercitivo. Como demostré en el volumen IV del TLS, la combinación de estas dicotomías es en parte culpa del propio funcionalismo. Sin embargo, también se explica por el pensamiento distorsionado y poco preciso que existe en general en el campo. Uno de los objetivos de TLS es aclarar dicho pensamiento, separar los conceptos de acción y orden, y desarrollar un enfoque más sintético u holístico para ambos. En lugar de estas concepciones más restringidas, introduzco el término “multidimensionalidad”, por medio del cual busco dar cuerpo a la intención de mi trabajo.

De igual forma, hago una crítica y un esfuerzo reconstructivo *vis-a-vis* de la dicotomía clásica individuo *versus* sociedad. Uno de mis intereses principales en TLS, por ejemplo, es argumentar que las teorías del colectivo u orden “social” pueden --si se desea-- teorizar las contribuciones que los seres humanos hacen de manera individual a la estructura y proceso de las sociedades. Sostengo que el ser o individuo, no puede ser concebido de manera individualista en una forma asocial sino que, dado que sólo puede ser entendido el individuo en función de su incorporación a fuerzas colectivas, incluso la personalidad individual autónoma debe ser vista como un producto social. En mis trabajos posteriores a TLS, desarrollo más esta crítica social sosteniendo que el momento asocial contingente no puede ser olvidado. Es necesario encontrar alguna forma de incorporarlo sistemáticamente dentro de las teorías de individualidad colectivamente estructurada. Esta doble línea de crítica está ejemplificada en mi libro *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial. (Análisis multidimensional)*,³ donde me acerco a los desarrollos de diferentes corrientes como la etnometodología, la fenomenología, el pragmatismo, el interaccionismo simbólico y la teoría del intercambio (*exchange theory*). La dicotomía individuo y sociedad se desarrolla sistemáticamente en los principales

³ Editado en Barcelona por Gedisa, en 1989.

ensayos de mi libro *Action and its environments: towards a new synthesis*.⁴

En la mayoría de mis escritos presento estos argumentos teóricos no como meras tesis analíticas sino en relación a mi crítica a las tradiciones y escuelas clásicas y contemporáneas; más claramente, como una reconstrucción del trabajo de Talcott Parsons. Mi intención no es elaborar el parsonianismo, ni su "revisión", sino hacer un esfuerzo por repensar esta tradición y volver a vincularla con los nuevos desarrollos que los parsonianos frecuentemente consideran como tradiciones rivales en competencia --fenomenología, marxismo, pensamiento durkhemiano y weberiano. Un año después de la publicación de TLS, introduje el término *neo-funcionalismo* para poder diferenciar la apertura de la teoría funcional al conflicto, el orden colectivo, la acción instrumental y el esfuerzo individual contingente.⁵ Con la ayuda de varios colegas continúo desarrollando programas teóricos y de investigación de esta tradición reconstruida.⁶

Sin embargo, el proyecto que inicié en TLS tiene como única intención desarrollar teorías sustantivas alternativas; también busca contribuir a un nuevo entendimiento de la teoría sociológica como tal. En el corazón del quehacer sociológico uno encuentra acentuadas las dicotomías ciencia *versus* ideología y positivismo *versus* hermenéutica. En la mayoría de los lectores, aunque no para todos, queda claro que TLS toma una postura en contra del positivismo y el cientificismo. Argumenta a favor de la importancia de la teoría y desarrolla la concepción de una "lógica teórica" considerada tan importante como la lógica empírica para el desarrollo de la ciencia social. Ciertamente no está claro, al menos para los lectores positivistas de TLS, que este trabajo no escoge el otro lado de dichas dicotomías en turno. Estoy de acuerdo que la ideología es una dimensión de todo trabajo, pero discrepo enérgicamente en contra de la reducción de la lógica teórica a valores. Coincido en que la interpretación es una parte endémica de la ciencia social, empero, no opto como resultado por el relativismo radical.

En parte soy responsable por el amplio fracaso en la comprensión del propósito en este punto. En TLS mi crítica se dirigió mucho más

⁴ New York, Columbia University Press, 1988.

⁵ Alexander, Jeffrey C. (editor). *Neofunctionalism*, Los Angeles e Inglaterra, Sage Publications, 1985.

⁶ Véase, Alexander, Jeffrey C. y Paul Colomy, "Neofunctionalism Today: Reconstructing a Theoretical Tradition", en Ritzer George, (editor). *Contemporary Sociological Theories*.

al cientificismo que al relativismo, y las alternativas a estas corrientes están casi inexploradas. De hecho, en un ensayo que apareció después de que TLS fue completado pero antes de su publicación, hice dichas críticas de manera más equilibrada.⁷ Sin embargo, sólo en mi trabajo más reciente retomo estas preocupaciones, desarrollando lo que espero sea un vocabulario más sistemático para pensar estas difíciles cuestiones.⁸ A fin de contrastar la dimensión discursiva de la Sociología y su ambición explicativa, recurro a ideas de la semiótica y el postestructuralismo para elaborar su irremediable carácter interpretativo y hermenéutico.

Sin embargo, también he insistido en que las ambiciones de la ciencia social son decididamente racionales; que se pueden evaluar formalmente, los criterios de verdad implícitos en el discurso, ya que a menudo se encuentran también explícitos; y que el reciente desarrollo del relativismo radical de las teorizaciones antipositivistas no sólo está teóricamente distorsionado, sino que puede ser potencialmente peligroso tanto moral como políticamente.

Todo lo que hasta aquí menciono está lejos de ser un resumen completo de mi trabajo teórico. No obstante, sí ofrece una visión clara de la posición que me propuse iniciar con TLS y de la dirección que mi trabajo toma desde entonces. A continuación trataré aspectos del contexto social e intelectual más amplio en el cual esta obra fue concebida.

Considero que la Sociología occidental de la posguerra está marcada por tres fases. Hasta la mitad de los sesenta dominó el parsonianismo y el funcionalismo mertoniano. En el periodo siguiente, que se extiende hasta el principio de los ochenta, las teorías "micro" y "macro" desafiaron al funcionalismo hasta dominar en la disciplina. En los años recientes, es cada vez más claro que una tercera fase está en proceso de emergencia. La teoría sociológica se mueve hacia la meta parsoniana de la síntesis de épocas anteriores, pero en forma postparsoniana. Cuando en los setenta escribía TLS, me sentí en una posición intelectual aislada, separado tanto de la

⁷ Alexander, Jeffrey C. "Looking for a Theory: *Facts and Values* as the Intellectual Legacy of the 1970s", *Theory and Society*, núm. 10, 1981, pp. 279-292.

⁸ Alexander, Jeffrey C. "La Centralidad de los Clásicos", en Giddens, Anthony y Jonathan Turner *et al. Teoría social, hoy*, México, CONACULTA Alianza Editorial, 1990; "El Nuevo Movimiento Teórico", *Estudios Sociológicos*, vol. vi, núm. 17, mayo-agosto de 1988, pp. 259-307; "General Theory in the Postpositivist Mode: *The Epistemological Dilemma* and the Search for Present Reason", en Seidman Steven y David Wagner, *Is General Theory Possible?*; Alexander y Colomy. *Op. cit.*; Alexander y Colomy, *Sociological Theories: Discourse and Research Programs*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1989.

primera fase de funcionalismo ortodoxo como de la segunda antifuncionalista. Sin embargo, ahora estoy seguro de que este trabajo es parte de un nuevo y amplio esfuerzo de teorización sintética que se realiza desde diferentes direcciones teóricas y escuelas en competencia. Por lo tanto, TLS puede ser leído no sólo por sí mismo, sino también por lo que indica sobre el nuevo ambiente intelectual que se desarrolla en Occidente.⁹

CONTEXTO HISTÓRICO Y BIOGRÁFICO

En términos más amplios, estos cambios en el ambiente intelectual se relacionan con las transformaciones sociales e históricos de la era de la posguerra. En la medida en que mi desarrollo intelectual coincide con ese mismo periodo, no es de sorprender que TLS pueda ser visto como un producto no sólo de la historia sino también de la biografía.

De hecho, experimenté cada una de los fases de posguerra en el transcurso de mi propia vida: como un niño judío de clase media que vivió primero en Milwaukee, Wisconsin, y luego en Los Angeles, California, crecí con un fuerte sentimiento de la legitimidad política y moral del sistema norteamericano y con una adhesión relativamente incuestionada y difusa al *American way of life*. Cuando ingresé a la Universidad de Harvard en 1965, tenía como propósito estudiar ciencias sociales para participar y contribuir en una forma más efectiva en la administración política y el gobierno democrático.

Esto no quiere decir que era un conservador. Por el contrario, mi familia y yo estuvimos profundamente comprometidos, e incluso marginalmente involucrados, en los procesos y movimientos de cambio y reforma social que se dieron a principio de los sesenta. Seguimos con entusiasmo el progreso del movimiento en favor de los derechos civiles y desde el principio vimos con escepticismo el involucramiento norteamericano en la guerra de Vietnam. Mi madre participó en el programa masivo para eliminar la pobreza desarrollado por la administración reformista del presidente Lyndon Johnson. En mi caso, trabajé en un programa de empleo de minorías en mis primeras vacaciones universitarias de verano. Como mencioné, mi

⁹ Véase Alexander, Jeffrey C. "El Nuevo Movimiento Teórico", *op. cit.*

meta inicial al entrar a Harvard era adquirir el conocimiento para participar más ampliamente en estos esfuerzos de reforma social que eran financiados por el gobierno.

No obstante, durante mi estancia en Harvard, los movimientos sociales de los sesenta me situaron fuera de esta trayectoria convencional. En la primera parte de este periodo me involucré con lo que se conoce como la "contra-cultura", la forma de cultura juvenil, bohemia y romántica, que en los sesenta estuvo particularmente marcada por el *rock and roll*, la sexualidad liberada, los estilos de vida no-conformistas y la experimentación con drogas. El efecto de dichas experiencias fue el distanciamiento de mi propia sociedad, la cual llegué a considerar como formalista, alienante, y como demandante de una renuncia emocional a las sensaciones instintivas.

La literatura occidental de la posguerra me permitió llegar por vez primera a una aceptación intelectual de esta situación. Me impresionó profundamente la caracterización del trabajo como "callejón sin salida" de Arthur Miller en *Death of a Salesman*; el enojo y la amargura del dramaturgo inglés John Osborne en *Look Back in Anger*; la sexualidad fantasmagórica de Henry Miller, y la actitud iconoclasta y el pesimismo gótico de William Golding. Inicialmente adopté el vocabulario intelectual del existencialismo y del teatro del absurdo, particularmente de las novelas y obras de teatro de Samuel Beckett. En una irrupción juvenil reveladora escribí un ensayo exegético, comparando la desesperada obra *Happy Days* de Beckett con la triste pero romántica balada rock *Strawberry Fields Forever* de los Beatles.

En la contra-cultura de entonces, el distanciamiento crítico ante lo que se veía como la limitada complacencia de la sociedad contemporánea, se combinaba con una exigencia de perfección en el futuro, un sentido de comunidad completa no parcial, planteamientos utópicos no meras reformas sociales. Creíamos que la utopía era inminente. Max Weber considera que este perfeccionismo es una característica particular y duradera de la vida intelectual occidental, que empieza con el milenarismo no-mundano del judaísmo y cristianismo, y culmina con la utopía terrena formulada por el "socialismo científico". Independientemente de cuáles sean sus orígenes históricos, la experiencia de la contra-cultura removió hasta los cimientos mi adhesión incuestionada al *American way of life*.

Como era lógico, el fin de mi creencia en la rectitud automática del sistema político americano y de su legitimidad inherente,

sobrevino poco después. Era inevitable que esta crítica cultural se expresara en términos más políticos. De acuerdo a los criterios absolutistas de perfección, las reformas del sistema social y político americano, durante los sesenta, no se estaban haciendo con la velocidad necesaria. Las leyes de derechos civiles y los programas en contra de la pobreza llegaron a su fin, mucho antes de garantizar cualquier posición de relativa igualdad para todos los ciudadanos norteamericanos. La guerra de Vietnam, a pesar de que fue iniciada constitucional y democráticamente, no sólo fue responsable de la muerte de cientos de miles de inocentes sino que causó, de hecho, una decepción masiva frente al gobierno norteamericano que llevó a cabo medidas autoritarias para controlar el ejercicio libre de la oposición política.

La transición de la literatura a la teoría social se efectuó a través de mi encuentro con las obras filosóficas y sociológicas utópicas de corte absolutista. El libro de Herbert Marcuse *Eros y civilización* fue fundamental para suministrar un marco histórico y social con el cual interpretar los temas de la contra-cultura. Los ensayos especulativos de David Riesman, en *Abundance for What?*, me llevaron a cuestionar la *raison d'être* de la sociedad de consumo americana. Las obras *Growing Up Absurd* y *Communitas* de Paul Goodman proporcionaron otros eslabones entre mi distanciamiento personal y las esferas públicas de la educación, la burocracia y la vida urbana. En dos trabajos de Kenneth Keniston, *The Uncommitted* y *The Young Radicals*, vinculé por vez primera estos temas filosóficos y especulativos a la literatura de la ciencia social empírica.

A medida que me involucré en el movimiento estudiantil antibélico, mi posición intelectual evolucionó gradualmente del utopismo crítico a la crítica marxista. El "capitalismo" parecía ser el centro de los problemas domésticos de Norteamérica, una condición no sólo necesaria sino también suficiente para explicar la desigualdad y la alienación. El imperialismo aparecía como una conclusión intelectual inevitable, a partir de un razonamiento que iba desde el desastre de Vietnam hasta lo que eran, según pensaba, los patrones fundamentales de la política exterior norteamericana. En mi caso, al igual que para muchos otros jóvenes estudiantes radicales, la revolución y el socialismo se convirtieron en las únicas alternativas viables frente a la política norteamericana, el sistema económico y el *American way of life*.

Esta perspectiva desarrollada durante mis cursos de licenciatura era relativamente inmadura e intelectualmente primitiva. Incluso, está presente en mi tesis de historia laboral norteamericana realizada bajo la dirección de Barrington Moore. Me convertí en un pensador social más maduro, o por lo menos en proceso de maduración, hasta que ingresé a los estudios de posgrado de Sociología en la Universidad de California, Berkeley, entre los años 1969 y 1972. Esta maduración ocurrió bajo la égida del marxismo que continuaba proporcionando un marco de referencia coherente para la profunda alienación que experimenté y para mi profundo sentir sobre la ilegitimidad de la estructura de poder norteamericana. Este marxismo, sin embargo, no era el antiguo sino el marxismo de la nueva izquierda.

En un sentido weberiano, la nueva izquierda marxista racionalizaba la experiencia difusa de la contra-cultura, que se había enfocado a problemas de sentido, transformaciones de la conciencia, psicología profunda, y la opresividad de las convenciones sociales. Mi interés inicial en el marxismo había sido estimulado por estas cuestiones, así que no es sorprendente que lo estructurasen al pasar a una forma más coherente. Asumí el "marxismo occidental", a diferencia de la variante ortodoxa, económicamente orientada, que se encontraba en Rusia y sus partidos satélites.¹⁰

Esta tradición comenzó con el escrito de Lukács sobre alienación y conciencia de clase. Luego, se concentró en la "superestructura" en vez de la "base" económica, haciendo énfasis, vía la teoría de Gramsci, en la primacía de la hegemonía cultural en lugar de la opresión económica directa. Contrariamente al antihumanismo de Stalin y la apología intolerante de textos como *Humanismo y terror* de Maurice Merleau-Ponty y *Su moral y la nuestra* de Trotsky, el marxismo occidental nunca se disoció de la tradición humanista. El trabajo de Sartre fue central, particularmente su insistencia en la preservación de la libertad individual y la causalidad múltiple. La teoría de Althusser de sistemas abiertos y cerrados con su concepción de sobredeterminación también fueron cruciales. De igual forma fue importante la postura de E. P. Thompson con su insistencia sobre la subjetividad como opositora a la conciencia objetiva de clase. Muchos también incluyeron en la nueva izquierda marxista la

¹⁰ Véase Anderson, Perry. *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, Siglo XXI editores, 1979, para una discusión de las diferencias entre el marxismo "occidental" y "oriental".

concepción de la complejidad de contradicciones de Mao Tse Tung, en las cuales tensiones mayores y menores se entremezclan en formas históricamente específicas. En cuanto al propio Marx, me llamaron la atención los aspectos hegelianos de su pensamiento, desde los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, hasta el primer capítulo de *El capital*, y los trabajos histórico-políticos como *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Durante este periodo de mi vida trabajé de cerca con el colectivo de la nueva izquierda que publicó *Socialist Revolution* (luego llamada *Socialist Review*).

Sin embargo, conforme maduraba mi comprensión sobre el marxismo, comenzaron también a emerger las dudas políticas e intelectuales sobre el mismo. Irónicamente, mientras que la lucha en contra de la guerra de Vietnam se convertía en un gran movimiento social, el aislamiento político y cultural de la nueva izquierda hacia las masas de la sociedad norteamericana, e incluso hacia la activa minoría liberal, se volvió cada vez más evidente. Después de su papel como líder en el movimiento por la democracia radical, la nueva izquierda se volvía cada vez más stalinista y autoritaria. El terrorismo se convirtió en una táctica revolucionaria practicada de forma extensiva, importantes revistas teóricas como *New Left Review* declararon que la "militancia" era, sobre todas las demás, la orientación política más relevante. Al mismo tiempo que la nueva izquierda repetía la historia de los movimientos radicales anteriores, la posibilidad de una alternativa, de una versión humanística del socialismo parecía menos factible.

En contraste con la desintegración de la izquierda, las manifestaciones de oposición política menos radicales parecían cada vez más efectivas. Por ello, participé en la oposición a que el presidente Nixon mantuviera el apoyo financiero al ejército vietnamita del sur; pero no se puede olvidar la lección de que Nixon fuera forzado a retirar las tropas norteamericanas porque se enfrentó --en este país capitalista-- con un movimiento democrático masivo de legítima oposición política. La crisis de *Watergate* de 1972-1974 también me proporcionó una lección objetiva, no sólo porque mostró la genuina aspiración moral de la sociedad norteamericana, sino porque demostró el poder efectivo de un Estado y orden social democrático y con poderes diferenciados. Los norteamericanos más de centro vieron *Watergate* como una tragedia y como una señal del avance de la corrupción política. Mi actitud fue muy diferente. Personalmente, *Watergate* ejemplificó un extraordinario periodo de

autocrítica social sostenida, una higiene moral que se manifestó en la capacidad sin precedentes de una democracia para tratar críticamente y presionar al más fuerte y protegido de los poderes.

HACIA THEORETICAL LOGIC IN SOCIOLOGY

Cuando estaba inmerso en estas reconsideraciones políticas y morales, primero me encontré con la teoría sociológica clásica y la visión liberal de política democrática que sustenta. No era sorprendente que, en Berkeley, los clásicos estaban en el proceso de ser convertidos a la "izquierda", lo cual logró tenderme un puente para entrar en un diálogo con la "derecha". Me inscribí en un seminario sobre Durkheim impartido por Leo Lowenthal, quien antes fue miembro de la escuela marxista de Frankfurt. A partir de este seminario empecé a formular mi comprensión de los profundos nexos y antipatías entre la teoría clásica y el marxismo occidental. El seminario sobre Weber de Robert Bellah tuvo básicamente el mismo efecto. En estos encuentros con los grandes pensadores clásicos encontré una forma de evitar el determinismo de la noción de la "última instancia", la idea de que las estructuras económicas son al final la causa más importante de todo movimiento e institución en un país capitalista --que incluso los marxistas más originales y creativos nunca pudieron abandonar. Este determinismo institucional tiende a minar cualquier concepción sobre una autonomía individual fuerte. De ahí que llegara a convencerme de que a pesar de su ambición emancipadora, esta teoría no podía explicar con precisión los problemas de las sociedades modernas ni sustentar una alternativa realista y humana.

Después de leer a Weber y a Durkheim, me di cuenta que revisar la edificación marxista ya no era suficiente. La única manera de evitar la última instancia es aceptar que nunca puede existir. Así se me abrió la visión de una teoría multidimensional, en la cual los elementos materiales serían importantes pero nunca igual a la totalidad.

En ese momento, al cursar el tercer año de posgrado tuve el encuentro individual más decisivo de mi vida intelectual. Cuando leí *La estructura de la acción social* de Talcott Parsons, me percaté de que ofrecía un análisis sistemático de las condiciones para la causalidad multidimensional y la libertad individual en un or-

den social complejo. Parsons abrazó una versión sociológica del pensamiento democrático liberal, criticando tanto las teorías materialistas como las idealistas. Al leer *La estructura de la acción social* lo hice con los debates marxistas en mente, pero no iba --desde luego-- a combinar sus categorías con las marxistas, aun con las provenientes del marxismo occidental. Consideré que había llegado el momento de hacer una ruptura explícita. Inmediatamente me puse a trabajar utilizando *La estructura de la acción social* para articular lo que hasta entonces había empezado a concebir como las contradicciones inherentes del pensamiento marxista.

Con las bases proporcionadas por la obra de Parsons, logré finalmente explicar por qué Marx nunca pudo desarrollar un punto de vista voluntarista de la acción, puesto que el centro de su concepción de la vida social contemporánea está en el cálculo de comodidades y no en la teoría de la alienación expresiva. Había abordado las limitaciones inherentes de la teoría instrumental en uno de mis primeros ensayos críticos al trabajo de Marx, esquema que luego apliqué en TLS para analizar el materialismo weberiano. El énfasis de Durkheim en la solidaridad y el poder social de los compromisos basados en ideales se convirtió, en este contexto, en un maravilloso contraste. Sin embargo, debido a mi respeto intelectual por el marxismo, y por las "realidades" de la vida social, nunca pude coincidir plenamente con el idealismo, la exclusividad normativa y el romanticismo subjetivo que han echado a perder hasta el mejor trabajo de Durkheim. Tomé ciertos elementos de Max Weber como una primera aproximación al ideal multidimensional, y encontré más afinidad en el desarrollo de las líneas más significativas de Parsons.

En realidad escribí TLS dos veces. La primera versión fue la de mi tesis doctoral sobre Marx, Durkheim, Weber y Parsons. Durante los cinco años que me tardé en preparar el manuscrito para su publicación, fundamenté firmemente mis argumentos en la Filosofía postpositivista de la ciencia y en la teoría social general; también desarrollé lecturas significativamente más complejas en cada una de las tradiciones clásicas. Aprendí a apreciar el universalismo crítico del joven Marx y finalmente comprendí el cambio radical a la Sociología simbólica representada en el Durkheim viejo. Me decepcioné cada vez más y por lo mismo me volví más crítico de las pretensiones multidimensionales de Weber y Parsons. Los objetivos de TLS apuntaban a teorizaciones más sintéticas que las de Weber e

inmediatamente más simbólicas y estructurales que las de Parsons. Estas ambiciones generales han inspirado mi trabajo en los diez años posteriores al libro.

En sociedades premodernas, a las gentes que experimentaban al Dios vivo se les llamaba "almas nacidas dos veces", pues en forma figurativa habían "vuelto a nacer". En su recreación de la metáfora anterior, Daniel Bell escribió que en tiempos modernos el intelectual nace tres veces. Primero como un burgués ingenuo, nace otra vez como un milenarista radical inmerso en el espíritu de la utopía, y renace una tercera vez como un pensador cuya fe utópica se ha disuelto, pero que no tiene deseos de volver a la inocencia de sus primeras creencias. Nacer tres veces es frustrante pero a la vez ilumina. A partir de esta condición se puede hacer teoría social.*

TRADUCCIÓN DE TERESA ORDORIKA SACRISTÁN

* Agradecemos a Gina Zabludovsky la selección de este material, así como la revisión final de su traducción. (N. del E.).